

La función se verificó el 26 de Diciembre y obtuvo un éxito y un lucimiento memorables. Diez y siete piezas de los mejores autores figuraron en el programa. La Srita. Ignacia Arellano, causó verdadero entusiasmo en un dúo de *Tasso* y en la primer aria de *Sonámbula*. Las Sras. Margarita Galinié en el final de *Norma*, y Antonia Aduna en la cavatina de *Mahomet*, fueron también notablemente aplaudidas, lo mismo que las Sritas. Bonilla y Zepeda, en piezas de *Puritanos* y de *Hernani*. La Srita. Micaela Casa de Flores ejecutó á maravilla en el piano unas variaciones sobre *Guillermo Tell*; la niña Solares admiró en un concierto de *Zerny* á dos pianos. D. Fernando de Bary, D. Antonio Balderas, D. José Martínez de Castro, D. Amado Michel y D. Joaquín Aguilar, tomaron también importante parte en aquel concierto, para el cual se fijó el precio de veinte pesos para los palcos, y el de tres para las lunetas, viéndose tanto esas como las demás localidades del Gran Teatro, enteramente ocupadas por una escogida concurrencia, gozosa de poder contribuir de algún modo á aliviar las desgracias de los míseros heridos en una guerra cuya injusticia y crueldad nunca podrán ser olvidadas por los mexicanos, mientras en sus pechos vivan y alienten la dignidad y el patriotismo.

CAPITULO XI

1847

Sombras, miseria y llanto por donde quiera. La victoria había allanado á nuestros enemigos naturales la ocupación del territorio: en señoreados sin dificultad de la orilla izquierda del Bravo, porque el general que debió impedirlo se pronunció en San Luis para venir á ser Presidente en México, las fatales jornadas de Palo Alto y la Resaca le entregaron la orilla derecha; con la vergonzosa pérdida de Monterrey extendió su línea considerablemente, y ocupados Nuevo México y la California y abandonado Tampico, al principiar el año de 1847 se había hecho dueño de más de un tercio del territorio mexicano y de la formidable línea militar que se extendía de Tampico al Saltillo. El Gral. Paredes y sus inoportunas intrigas monárquicas habían venido á tierra con el pronunciamiento de la Ciudadela, encabezado por Salas, quien se encargó del Poder Ejecutivo el 5 de Agosto, restableció el 22 la Constitución de 1824, organizó la Guardia Nacional y convocó un Congreso extraordinario que inauguró sus tareas

el 6 de Diciembre, y en sesión del 23 eligió Presidente de la República á D. Antonio López de Santa-Anna y Vicepresidente á D. Valentín Gómez Farías. El primero manifestó que su puesto no estaba en la Primera Magistratura, sino en la campaña y al frente del ejército, é hizo que, mientras él salía á la guerra, el segundo se encargase del Supremo Gobierno. Reacción de la torpe intentona de Paredes, los nuevos motores de aquel *desorden de cosas*, creyeron necesario dar un grande impulso, desarrollar el elemento democrático en toda su fuerza y ponernos al nivel de todas las reformas, "de tal manera, decían, que el pueblo de los Estados Unidos aparezca servil, aristocrático y retrógrado en comparación con nosotros." Por desgracia, esas retumbantes palabras no se apoyaban en ideas y planes capaces de operar la transformación, y todo se resumía en un irreflexivo empeño de reducir la complicada organización gubernamental á una democracia pura y sin combinaciones, compuesta de cuantos hubiesen llegado á la edad de la razón y no estuviesen ni locos ni procesados, ridículas parodias de la revolución francesa, y desconocimiento absoluto de que nuestra urgente necesidad era el cultivar en el pueblo las virtudes políticas, sin las cuales la República no es más que un vano nombre.

Pronto tuvimos ocasión de convencernos de ello: en medio de la general escasez y con un Erario exhausto, la necesidad urgentísima de atender á los gastos de la guerra sirvió de pretexto al ingenuo, pero cándidamente teórico liberal D. Valentín Gómez Farías, para hacer que se decretase en 11 de Enero de 1847 la nacionalización de bienes eclesiásticos, que no por ser necesaria é imprescindible era oportuna, y á consecuencia ó con pretexto de ello nos faltó entonces lo único que quizá hubiese podido salvarnos: la unión. Mientras el ejército mexicano batíase con glorioso heroísmo en la Angostura, y, sin sacar provecho alguno de esa acción, emprendía una retirada llena de horrores, diezmado por el hambre, la sed, el frío y las enfermedades; mientras el absorbente coloso del Norte amagaba á Veracruz con su temible escuadra, demócratas y clericales, olvidándose de la patria infeliz que tuvo la desgracia de darles vida, convirtieron la Capital en teatro de vergonzosa lucha y deplorables crímenes, que mantuvieron en perpetua alarma y peligros á sus moradores, del 26 de Febrero al 23 de Marzo, día en que Santa-Anna restableció el orden entrando en la ciudad y tomando posesión de la Presidencia, que sólo ejerció unos días, mientras el Congreso decretaba la supresión de la Vicepresidencia para desembarazarse así de Gómez Farías.

El 2 de Abril, D. Pedro Anaya, nombrado el día anterior Presidente sustituto, se hizo cargo del Poder mientras estuviese ausente Santa-Anna, quien una vez perdida la Heroica Veracruz salió á estorbar el avance de los invasores, que el 18 del mismo mes ganaron la batalla

de Cerro Gordo, y casi sin dificultad se posesionaron de Puebla el 25 de Mayo.

¿Para qué entrar en mayores detalles usurpando las facultades del historiador? El infortunio se nos prodigaba á manos llenas; á las dos de la tarde del 9 de Agosto, el cañonazo de alarma anunció á la amedrentada Capital la presencia del enemigo extranjero en el Valle; el 19 y el 20 piérdense las acciones reñida de Padierna y gloriosa de Churubusco; tócale el 8 de Setiembre la infausta suerte á Molino del Rey; el 12 y el 13 el patriotismo se sacrifica al hado adverso en la cima de Chapultepec; el 14 la plebe, honrada entonces, hostiliza como su ira le da á entender la entrada de la vanguardia enemiga en la capital: un grupo de soldados norte-americanos al mando del capitán Roberts, desprendido de las fuerzas del Gral. Quitmann, como á las seis de la mañana de aquel memorable día 14, llega al Palacio Nacional, arría la bandera mexicana que pende del asta, é iza en ella el odioso pabellón de las estrellas, que ondea sus sangrientas fajas rojas en el aniversario del grito glorioso de Dolores!.....

Como era natural, durante esa época los espectáculos teatrales no tuvieron boga alguna y sólo era escuchada con gusto la voz que clamaba contra el invasor ó contra la discordia civil. A este respecto, cada uno de nuestros poetas hizo lo que pudo. Después de lo de Monterrey, Jesús Echaiz increpaba así á Taylor:

“Asesino: la sangre que inocente
vertió tu mano atroz en nuestro suelo,
venganza pide á Dios omnipotente,
y el anatema vengador del cielo
escrito se halla en tu maldita frente.
Que no se goce tu alma depravada,
negra como el infierno, en tu victoria;
la sórdida ambición movió tu espada,
y en vez de honor y de brillante gloria
con un borrón infame está manchada.”

D. José María Esteva, para animar á los defensores de Veracruz, compuso un himno que se cantó en aquel teatro, y hé aquí una de sus estrofas:

“Guerra, sangre, exterminio, venganza,
no la paz con la afrenta comprada,
que humeante fulmine la espada
entre escombros la muerte doquier.”

No la paz vergonzosa, cobarde;
sangre, fuego, exterminio, venganza,
y al fragor de la horrible matanza
que se dicte al vencido la ley.”

La voz inspirada y robusta de Guillermo Prieto no podía faltar en el coro de los poetas mexicanos, y hé aquí unos fragmentos de su invocación al Todopoderoso:

“Dios de mis padres! Dios de las naciones!
Omnipotente Dios! Mira el quebranto
de la patria adorada que á mis ojos
dió por primera vez la luz del día.
¿Por qué á tus hijos quitas la pujanza?
¿Por qué al sentir que viles los oprimen,
sus labios mustios de tormento gimen
y no claman ¡oh Dios! guerra y venganza?”

“¿Y dónde el pueblo está que en otro tiempo
de su ira el rayo fulminó en Dolores,
é hizo pavesa el trono del tirano?”

“¡Patria hermosa de Hidalgo! ¡Patria mía!
¿Como proscritos en tu hermoso suelo
comeremos el pan de la agonía;
como mendigos de la patria al dueño
iremos á pedir arrodillados
tierra para dormir el postrer sueño?”

“Patria, patria, mi amor; si éste es un sueño,
es un sueño del hijo que te adora
y vierte llanto por tu adversa suerte;
mas si es sueño y no más, de Dios implora
que le oculte la sombra de la muerte
de tu ignominia la funesta aurora!”

Respondiendo á la misma nota del patriotismo, Félix María Escalante escribió su oda *Duelo y venganza*, por muchos aplaudida, que comienza:

“Rompan mis labios el fatal silencio,
por bárbaro dolor enmudecidos.”

No, no acentos de amor, dulces, rendidos,
en torno sonarán; horrenda suerte
inspira al corazón cantos de muerte.”

No, aquella no fué ni podía ser época propicia para nuestros teatros: el Principal, desde fines del año anterior, suspendió sus representaciones; Valletto quedó en la ciudad, atendiendo á su familia, de la cual fué siempre idólatra y no quiso dejar en las aflictivas circunstancias por que atravesaba el país, y su Compañía salió de México para Zacatecas con un buen ajuste, figurando al frente de ella y como primeras partes, Soledad Cordero y Angel Padilla, que, por su constancia y dedicación al estudio, á cada instante conquistaba nuevos y legítimos lauros en la escena.

La Compañía del Nacional permaneció en su teatro, dando funciones hasta el Carnaval, en que lo cedió para los bailes de máscara.

Nada notable ofrecieron esas funciones, como no fuese un propósito en un acto intitulado *Los Yankees en Monterrey*, que no pasó de una mala pieza de circunstancias con perdonables bravatas patrióticas. En Abril dió, con éxito escaso, algunas representaciones en el Nacional la Compañía Acrobática de Mr. Turín, de la cual hablé en el anterior capítulo.

Ocupada la Capital por los invasores el 14 de Setiembre, la ciudad fué presa del más desenfrenado bandidaje: la contraguerilla que el Gral. Scott formó con los presos mexicanos que hizo sacar de las cárceles de Puebla, ofreciéndoles la impunidad á cambio de que le sirviesen de guías y de exploradores, y los cuerpos de voluntarios y aventureros americanos, sin disciplina, borrachos, ladrones y penden-cieros, sembraron el pánico y el terror por todo el ámbito de la Capital, lo mismo en las más céntricas calles que en los más apartados barrios.

El ínfimo pueblo, que durante tres días se batió como pudo con los norte-americanos, continuó deshaciéndose de éstos por medio del asesinato: en cuanto algún soldado extranjero se aventuraba en una callejuela solitaria, era acometido y muerto por el puñal del primero que acertaba á verle.

Para contener esos desmanes, se publicó la ley marcial, suspendiendo toda clase de garantías, y el salvaje invasor llevó sus atropellos y venganzas á un grado superior á toda ponderación.

Quienes en nombre de la libertad condenan los ponderados horrores de la Conquista en 1521, pudieran avergonzarse de los positivos y verdaderos, cometidos más de tres siglos después de aquélla, por ciudadanos de la Gran República que se nos presenta como modelo y prototipo de la libertad. Grupos de invasores organizados en bandidaje, deshonran el decantado progreso americano. “A las cinco

de la tarde, dice un testigo é historiador, se vió en cierto día asaltado por cinco soldados norte-americanos, en la calle de la Palma, una de las más céntricas de la ciudad, un individuo á quien despojaron del reloj y del dinero que llevaba, sin que nadie les molestase por aquel hecho; pero no solamente en las tiendas y en los individuos que transitaban por las calles se cometían los robos, sino también en los viajeros que marchaban por las diligencias, y esto antes que el carruaje saliese de las puertas de la ciudad; entre muchos casos que se pudieran citar, mencionaré uno que se verificó á las cinco de la mañana del 1º de Octubre.

“La diligencia iba llena de gente, con dirección á Querétaro; al llegar frente al Panteón de Santa Paula, que se encuentra dentro de la ciudad, los viajeros se vieron detenidos por una partida de ladrones enmascarados, que les despojaron de cuanto llevaban, y se retiraron consumado el robo, sin que nadie los molestase; los voluntarios entraban en las vinaterías, pedían de beber, y después de embriagarse salíanse sin pagar, y amenazando ó maltratando al que intentaba cobrarles.”

En pleno día, fué robada la botica de la calle del Tompeate: los desórdenes, lejos de disminuir, fueron en aumento á proporción que iban llegando á la Capital nuevas fuerzas de los Estados Unidos. La oficialidad, que no encontraba cabida en la sociedad mexicana, porque nadie quería alternar con los invasores de su patria, eligió el edificio de la Bella Unión para celebrar todas las noches orgías y bacanales, y el juego, la lujuria y el vino sentaron allí sus reales, sin límites ni cortapisas; la parte baja se convirtió en cantina y en salones de juego; el piso primero se destinó á bailes nocturnos y villanos, y los cuartos del piso segundo, eran teatro de escenas que la decencia no permite referir. A estos bailes eran llevadas las mujeres más despreciables del bajo pueblo, y en una pieza baja eran vestidas por los oficiales para que entrasen al baile, y una vez concluido éste, eran del mismo modo desnudadas y echadas á la calle. Si triste era el estado de la ciudad en punto á garantías, no lo era menos por lo que se relacionaba con el aseo y la limpieza: Minería, la Plaza de Armas, la misma calle del Espíritu Santo en que vivía el Gral. Scott, estaban convertidas en inmundos muladares que corrompían la atmósfera; por espacio de varios días permaneció frente á la puerta de la casa del general en jefe, un caballo muerto semioculto entre la abundante basura allí arrojada. Delante de cada cuartel se veía un gran montón de estiércol y de inmundicias, que nadie pensaba en retirar. Alarmada como estaba por los continuos robos la población, cerraba muy temprano sus establecimientos, así como las puertas de sus casas, y el pavor que causa la soledad, reinaba en las calles desde las primeras horas de la noche.

“¡Qué espantoso es, decía un periódico de esos días, el aspecto de la Capital en las noches de la remarcable época en que vivimos! Las calles desiertas y oscuras, por el mal estado del alumbrado, son un retraente para que sean transitadas. Las personas á quienes la necesidad obliga á salir á la calle, lo verifican con timidez, horror y miedo, sin atreverse á llevar arma ninguna para su defensa. Los malhechores se ven en campo abierto y seguro para sus maldades, que se repiten por todas partes con el mayor escándalo é impunidad, porque no hay quien los castigue.”

Ninguna exageración hay en las noticias que preceden, y todas ellas constan en las columnas de los periódicos de esos días. *El Monitor Republicano*, con un valor civil que faltó á *El Siglo XIX*, pues éste suspendió su publicación, mientras aquél continuó apareciendo sin interrupción durante la permanencia de los norte-americanos en la Capital, *El Monitor Republicano*, repito, denunciaba día á día esos abusos y crímenes, y solicitaba, en buena forma, pero enérgicamente, las garantías que nuestra sociedad tenía derecho á exigir de un invasor que se decía más civilizado que nosotros, y que con sus hechos probó todo lo contrario.

Por el más leve motivo, hombres infelices eran encerrados en estrecha prisión, recibiendo en ella inhumano trato; cuando existía más ó menos grave delito, aplicábase al delincuente la pena de muerte de un modo bárbaro: el criminal era conducido en un carro al lugar de la ejecución, allí había un árbol ó un grosero madero con un lazo corredizo; al llegar á él se obligaba al reo á ponerse en pie, se le pasaba el lazo por el pescuezo, y marchando, sin detenerse, el carro hacia adelante, el reo quedaba colgado y expiraba entre las mayores angustias. La pena de azotes se aplicó con cruel frecuencia, ya en una especie de picota que se levantó en medio de la Plaza de Armas, ya ejecutivamente á cualquiera hora y en cualquier punto céntrico y concurrido.

Pondré un ejemplo, que desgraciadamente podría multiplicar al infinito: en *El Monitor Republicano* del 1.º de Octubre, se lee el siguiente suelto: “Los norte-americanos, en la esquina del Puente de San Francisco, han azotado á un infeliz mexicano por un hecho fútil, poniéndole al pecho una espada y en seguida dándole cincuenta latigazos.” Se horroriza uno de sólo hacer estas citas. En la picota de la Plaza, el día 9 de Noviembre, debieron sufrir esa pena infamante é impropia de un pueblo semiculto, cinco ó seis mexicanos acusados de robo; en el momento en que el primero de ellos empezó á ser azotado, la indignación de los concurrentes fué tal, que, sin meditar las consecuencias, armáronse de dignidad y apedrearon á los ejecutores, que se vieron precisados á suspender su tarea, para continuarla dentro de sus cuarteles, al abrigo de cuyos muros los mexicanos eran

asesinados, según lo denunció el mismo valeroso *Monitor*. Para concluir con estas citas, copio del mismo periódico y de su número del 2 de Enero de 1848: “Antes de ayer, á eso de las cinco de la tarde, tres americanos entraron á la casa número 3 de la 3.ª calle de San Francisco: uno de ellos se lanzó sobre la esposa del Sr. D. Carlos Both, mientras otro abrió el ropero y sacó las alhajas y 50 pesos que contenía, y un tercero quedó en la puerta, como centinela; y á no ser porque dos señoras que se hallaban allí inmediatas, dieron gritos, acaso hubieran hecho peores cosas, pero no por eso dejaron los objetos robados.”

El Gran Teatro Nacional no pudo escaparse de ser manchado con una parte de tanta basura. Un grupo de actores norte-americanos, cuyos nombres no sé ni he querido investigar, trabajó sobre su escena, hasta allí tan honrada por notables artistas. *El Monitor* de 30 de Setiembre del año de 1847, cuyos sucesos relatamos, dijo sobre este asunto: “Como periodistas hemos concurrido á la primera representación del drama intitolado *The Lady of Lyons, or Love and Pride*, “La dama de los Leones ó Amor y Soberbia,” que verificó anoche (29 de Setiembre), en el Teatro Nacional la Compañía Inglesa que entendemos sigue al ejército americano. Gran parte de éste formó toda la concurrencia, á excepción de dos mujeres mexicanas de clase menos que mediana, media docena de las del pueblo que ocuparon la cazuela, otros tantos hombres de igual clase y ocho *polkos* curiosos que por allí vimos; pero aun así supimos que los productos ascendían á más de mil pesos. Uno de los actores, como de edad madura, fué el que con más alma y con mejor acción se hizo aplaudir frecuentemente y excitó estrepitosas risotadas, gritos y silbidos, porque sin concurrencia de señoras, los hombres, sin obstáculo del miramiento que se les debe, vivamente se entregaron á toda clase de desmesuradas y alegres demostraciones.” No creo que pueda darse mejor idea de lo que esos actores serían, que copiar el siguiente párrafo del mismo *Monitor* de fecha 3 de Octubre: “*Escena trágica.*—En la última representación dada por la Compañía americana, hubo una escena bien notable: el Director se chocó con uno de los actores, que nos pareció el galán, y le infirió unas heridas. Después, levantado el telón, aparecieron en las tablas los contendientes y continuó la representación, pero se cambió el papel y el galán se fué encima del Director armado también con una espada; la escena, aunque los anuncios de ella no lo dijeron, fué trágica...” Pasemos, pasemos de largo sobre tantas miserias!

De súbito y cuando nadie ni lo esperaba ni lo creía, apareció el siguiente programa:

“Gran Teatro Nacional.—La Compañía Dramática Española se había abstenido de dar representaciones en medio de las azarosas cir-